

Voy á tratar de recordar, no sólo el sentido de sus palabras, sino sus palabras mismas en toda su crudeza. Habría podido expresarse de otro modo, y con su tacto, con su habilidad acostumbrados, servirse de medias palabras para decir las cosas escabrosas. Por el contrario, abusando de las libertades que yo le concedía, complaciase en herir mis oídos, en hacer que me ruborizase. Esperaba, tal vez, que hablándome su lenguaje se elevaría hasta mí ó me haría descender hasta ella. Se equivocó: me hubiera hecho descender de seguro si hubiese tenido yo gusto en escucharla; pero he sufrido tanto durante su relato, que debe serme perdonado el haberla oído hasta el final.

—Culpa es de Blazac—empezó á decir—si toda mi vida no he seguido siendo criada de

servir. Este oficio tiene su lado bueno cuando una sabe escoger colocación: una señora joven y guapa... porque al lado de las mujeres bonitas es mucho más fácil vivir que al lado de las feas; si tiene talento, se lo comunica á una; si está bien educada... se le estudia y se consigue hablar y portarse como ella; si es instruída, se completa la propia instrucción.

—Sois acomodaticia, según veo—dije yo, por decir algo.

—Siempre he encontrado lo que buscaba, y á veces más. Cuando no lo encontraba me iba de aquella casa. También me iba cuando la señora nada tenía ya que enseñarme, ó cuando yo no tenía ya nada que sacar de ella; pero mis amas habían estado siempre satisfechas de mis servicios, y daban, por lo tanto, excelentes informes en todas partes. Creo haber dejado buenos recuerdos en todas las casas donde he servido.

—¿Son muchas?

—Unas veinte: mujeres de teatro, estrellas y satélites, *termuras* modestas y de alto coquete, burguesas con amante ó sin él, mujeres de mundo, de la aristocracia, de dinero. He querido conocerlas todas. Por eso he entrado en casa de la señora Duquesa.

—¿Podréis iros de aquí sin gran sentimiento, puesto que he completado vuestra colección?

—¡Oh! Mi sentimiento será muy grande. No he pasado aquí más que un mes, y no he tenido tiempo de hacerme apreciar como merezco serlo. Espero todavía que la señora...

—Os agradeceré—dije interrumpiéndola—que vayáis más de prisa, que lleguéis á la época en que cambiasteis de profesión. La de doncella de labor me interesa muy poco.

—Al período masculino de mi vida, entonces—dijo ella sin emocionarse y como si mis palabras no la molestaran en lo más mínimo, tan ensimismada estaba con su asunto.—Ya llego: Blazac, que hacía el amor á la señora de La Bére... ¡oh! por cierto bien inútilmente, porque estaba yo allí para defenderla, y donde yo estoy los enamorados no suelen salirse con la suya... Blazac, digo, buscaba una morena para lanzarla, por satisfacer su inocente manía de lanzar mujeres. Me creyó morena. Lo era entonces por hacer contraste con mi señorita, que era rubia, y á la cual le agradan esos contrastes... Me propuso darme una mesada modesta, mientras llegaba á la gran fortuna que, según él decía, me estaba

seguramente reservada. Vacilé. No había tenido amante todavía, y para primero hubiese deseado otro hombre. Pensaba yo: "No eres tú ciertamente, amigo mío, el que me hará cambiar el mal concepto que tengo de tu sexo." Sí, aquello era más fuerte que mi voluntad; instintivamente me horrorizaban los hombres, sin conocerlos. Ahora, que los conozco, me sucede lo mismo.

Detúvose para tomar aliento, porque desde hacía un momento hablaba más deprisa. Así seguía mi recomendación: los mismos pormenores, las mismas digresiones, pero dichos más deprisa.

—Sin embargo—continuó luego de un momento de descanso,—la modesta renta que me ofrecía Blazac, los altos destinos que me prometía, sobre todo, acabaron por tentarme: lo seguí... ¡Ah! No me había equivocado; él no consiguió vencer mis repugnancias instintivas y las ideas que me había inculcado la mayoría de las señoras que había tenido, mujeres de experiencia, quienes, antes de decidirse, se habían entregado á minuciosos estudios comparativos.

Me miró, para juzgar sin duda del efecto que me había producido esa frase de mal gusto

yo y presuntuosa. Yo no pestafieé y ella continuó:

—Blazac es un buen muchacho, divertido, ingenioso. Con él no hay escenas de celos... ¡Oh! No es de los que fastidian... Y sin embargo, tendría derecho para serlo, porque se conduce muy bien con las mujeres... ¡Pero qué amante! Dulzuras, caricias, mimos, tonterías, nada serio... Yo seguía siendo de hielo y, sin embargo, me bautizó con el apodo de *Melinita*. ¿Por qué? Me lo explicó un día de verdadera expansión. "He tenido varios motivos, me dijo, para apodarte así: no te inflamas conmigo, es verdad, pero no hay nada que me pruebe que jamás vas á estallar con otros. Como la melinita, necesitas para hacer explosión encontrarte en ciertas condiciones, y está segura de que ya te verás en ellas... El segundo motivo que he tenido es perfectamente personal: haciéndote pasar por una explosible, doy al mismo tiempo pruebas de gran fuerza, de resistencia. La gente dice: "¡Qué organismo el de ese Blazac! Debe tener los nervios de acero, un cuerpo blindado, para no hacer explosión con una mujer semejante;" y esto hace buen efecto en otras mujeres... Ese apodo sirve también á mis hazañas de *lanzador*.

Los hombres no gustan gran cosa de las mujeres que tienen fama de poco inflamables. Toman por apasionamiento lo que no es más que cuestión de temperamento. Se creen amados por sí mismos, personalmente, cuando se les ama de una manera genérica, por decirlo así, por razón de su sexo.,,

...Ese fué el discursito que vuestro señor primo se sirvió pronunciarme, señora Duquesa. No estaba mal razonado: al cabo de seis semanas me encontré lanzada en pleno París, y bien lanzada. Entonces Blazac me dió su último consejo: "No hagas negocios, ó hazlos muy en grande; procura conservarte siempre entre las mujeres difíciles. Si tienes capricho por algún pobre, ámalo desinteresadamente, trabaja por la gloria. Tu divisa debe ser: "Nada ó mucho.,, Como yo no puedo darte mucho, me despido de tí.—Olvidas, le dije, la otra parte de la divisa: nada.—Gracias; no eres todavía bastante rica para mostrarte agradecida. Perderías un tiempo que puedes emplear mejor. Dentro de un año volveré á verte.,, Se fué y permanecí todo un año sin verle.

Comprendía yo que llegaba ya al capítulo de su vida que me tocaba personalmente. Así

es que tenía paciencia y escuchaba con sangre fría, sin protesta, aquella cínica charla. Entusiasmada por la atención que yo parecía prestarle, ó tal vez porque estaba cansada, se había medio sentado, hacía poco, en el brazo de una butaca, sin atreverse á sentarse del todo, por un resto de pudor.

—Á pesar de la ausencia de Blazac—continuó,—aquel año pasó muy rápidamente. ¡Estuve tan ocupada, tan agasajada! Mi hotelito no estaba nunca solo, ni por la mañana ni por la noche (porque enseguida tomé un hotel). En nuestros días es indispensable, si quiere una vivir entre las mujeres de reputación... Sin embargo del número, y de la facilidad para elegir, no cambié de opinión acerca de los hombres. No me inspiraban nada, nada absolutamente. Por más que buscaba, no encontraba nada que me conviniese. ¡Qué egoístas en amar! ¡Todo para ellos, para nosotras nada! ¡Y qué mal nos conocen! No saben, ó fingen ignorarlo, que la mayor parte de las veces su sed de felicidad se ve satisfecha, saciada, cuando la nuestra comienza á dejarse sentir. Se han bebido la copa de un solo trago, mientras que nosotras no hemos hecho más que llevárnosla á los labios. Si por desgracia

sucede que al ver un rayo de esperanza murmuramos: "Lo que has bebido parece muy bueno, voy á probarlo yo á mi vez," ellos contestan: "Lo siento tanto, pero ya no queda nada;" y nos quedamos con la sed.

Ahora se entretenía en hacer frases, se las echaba de estilista, mientras yo decía para mis adentros: "Anda, anda, date prisa. ¡Qué me importa á mi tu sed, ni tu copa, ni tus labios!" ¡Ay! No había concluído: todavía tenía que hacerme otra relación. La dijo paseándose.

—Y decís, sin embargo, que ciertas mujeres —continuó— vacían la copa de la felicidad al mismo tiempo que sus amantes ó que sus maridos. Cada uno se lleva su parte. Ella no tiene nada que envidiarle á él. Están satisfechos el uno con el otro... Es cuestión de suerte, de estar en vena ó estar de malas. El amor se puede comparar á una mesa de ruleta: treinta y seis números y un cero. Una jugadora echa su dinero al azar á un número. Si sale, es feliz. Otra, por el contrario, pone cinco duros al treinta y seis. Éste no sale. Apuesta á un número más bajo, uno de los del centro, al quince, por ejemplo, y se dice: probemos los números bajos, y juega al tres.

Entonces viene el cero. ¿No es eso estar de malas? Pues bien, ahí tenéis precisamente lo que me sucede á mí; á pesar de todas mis tentativas, no puedo nunca apuntar al número que gana, al bueno, á mi número, en una palabra.

Esta vez, exhausta ya mi paciencia, no pude menos de decirle:

—Perdonad. Me habéis dicho que vuestra vida es tan entretenida como una novela, y deseando distraerme os he permitido que la relatéis. Pero una novela debe ir más deprisa. El autor no tiene el derecho de reemplazar los hechos con disertaciones que no se acaban nunca; os ruego, pues, que lo dejéis ó que entréis, desde luego, en la acción.

—Ya voy, señora—dijo ella.—Ya llevo al millón del Barón de Virmeux.

Ahora estaba en pie, enfrente de una butaca, con la espalda apoyada en la chimenea, mientras que yo, por hacer algo, procuraba ocuparme en una labor de crochet.

—Creo que fué en una platea del teatrillo de Novedades donde vi por primera vez al Barón de Virmeux; estaba con el Marqués de B..., el cual me había sido presentado pocos días antes, en una fiesta dada en el hotel de una amiga mía. Yo estaba sola en la platea de enfrente á la que ocupaban aquellos caballeros. La señora de La Bére debía haberme acompañado, pero se había puesto mala en el momento de salir, y no me importó ir sola al teatro, porque iba convencida de encontrarme allí á alguien conocido. Me equivoqué: nadie en las butacas, nadie en los palcos, más que

el Marqués, el cual no parecía dispuesto á ir á saludarme. Yo lo deseaba mucho, á pesar de que no era por él, por más que sea muy guapo, sino por su amigo, á quien encontraba mucho mejor todavía.

Luisa se acercó más á mí y me dijo con mucha más familiaridad de la que se había atrevido á emplear hasta entonces:

— Imaginaos, Duquesa, un hombre de treinta y dos á treinta y cinco años, alto, delgado, de una perfecta distinción; una frente alta, despejada, ojos inteligentes de mirar muy dulce, nariz recta ligeramente acaballada, nariz de raza; una boca bien dibujada, un poco desdeñosa, adornada por un bigote rubio, espeso, y por una barba finísima, cortada en punta.....

Lo que más me llamaba la atención en él era su aire aristocrático, su figura distinguidísima, con un no sé qué particular, original, tal vez un poco salvaje: evidentemente un hombre de mundo, pero de una clase social muy superior á la que yo frecuento ó me frecuento á mí. En mi admiración, bien nueva por cierto... porque era la primera vez de mi vida que me extasiaba mirando una cara de hombre, puesto que encuentro á esos caballeros

muy feos en general y en particular también... en mi admiración, digo, pensaba para mis adentros: "Es un príncipe extranjero, ó algún Gran Duque, ó acaso un Soberano del Norte, que viaja de incógnito y á quien el Marqués de B... pasea por París. Bien podía ocurrírsele pasarlo por donde yo estoy. Lo recibiría con todos los honores que le son debidos.., Pero el telón bajó, comenzó el primer entre-actó, y ni el Marqués ni el Príncipe, Gran Duque ó Soberano salieron á los pasillos. Permanecían sentados en su platea de proscenio, sin parecer advertir que mis gemelos estaban fijos en ellos.

Esta indiferencia completa me turbaba. No estaba acostumbrada á ella desde que Blazac me lanzó. Sé que no soy bonita; pero, sin embargo, suelo producir viva impresión en los hombres. ¿Por qué? No lo sé; afirmo hechos.

Mi aspecto, las ventanillas de mi nariz siempre dilatadas y que se agitan como las aspas de un molino, parecen prometer mucho, según dicen. Tengo también, á lo que parece, algo magnético, hipnotizador, en los ojos; mi mirada atrae las miradas de los demás... Como esta vez no atraía ninguna, me dije: "Es pre-

ciso ayudarles, lucir todas mis habilidades, jugar el todo por el todo.»

Jugarse el todo por el todo consistía en hacer la visita que en vano aguardaba que me hiciesen, pasando de mi proscenio al de enfrente. Un poco de aplomo me bastaba para ello, y yo tengo mucho.

Salgo de mi palco. Atravieso el pasillo. Llego á la puerta de la platea donde estaban encerrados los dos caballeros, y, con bravura, hice que me abriesen la puerta, como si estuvieran esperándome. Aquellos señores no pudieron disimular su asombro, creí observar hasta que fruncían las cejas. Sin embargo, como ante todo son hombres de buen trato, se apresuran á levantarse y me saludan: "Os ruego que perdonéis mi indiscreción, dije enseguida. Estoy sola allí enfrente, vosotros estáis solos aquí. Nos encontramos en un teatrillo, en un terreno neutral, donde son permitidas algunas pequeñas libertades, y he creído poder, Marqués, venir á recordaros que me debéis una apuesta.—¡Toma! ¡Es verdad! El otro día, en una reunión, hicimos una apuesta que yo perdí. Perdonad mi olvido.—¿Estáis dispuesto á pagarme hoy?—Ciertamente.—Pues bien, pagadme con el favor de presen-

tarme á este caballero...» y designaba á su compañero. Enseguida me cogió una mano, y con una sonrisa: "La señorita Melinita," dijo. Esto no me satisfacía. "¿Y no me presentáis al señor?," dije yo. Tuvo un momento de vacilación, cruzó una mirada con... el otro, y acabó por decir: "Mi amigo el Barón de Virmeux." ¡Cómo! No era más que un Barón... Y yo que lo tomaba...

Jamás he sabido á ciencia cierta si me había equivocado ó no.

En todo caso, si tenía otro nombre, otro título, los ocultaba cuidadosamente. Yo hubiera podido procurar averiguar la verdad. Pero yo no tengo curiosidades inútiles, pequeñas, burguesas. Además, como no hubiese hecho que lo siguieran... Lo cual es un mal procedimiento y una cosa fea... ¿Á quién había de haber preguntado?

Jamás se encontró con nadie en mi casa, ni hombre ni mujer. Él tomaba sus precauciones, y yo tomaba las mías por complacerle. Teníamos también horas convenidas, á la caída de la tarde, cuando el barrio donde vivo está casi desierto... ¡Ah! Si me lo hubiera encontrado en la calle, en el Bosque, en el teatro, yendo yo con Blazac, que conoce á todo París,

pronto lo hubiese averiguado todo. Pero él, sin duda, procuraba no encontrarme en ninguna parte, y en cuanto á Blazac, no lo veía yo entonces.,

Luisa Bauquet comprendía que le prestaba gran atención, lo cual aumentaba su deseo de brillar á mis ojos. Podía haberse ahorrado tanto trabajo; todas sus palabras ahora producían efecto, iban derechas á mi corazón.

—El telón había sido levantado durante la presentación—continuó ella,—y yo creí que podía permanecer en el fondo de la platea. Pero deseaba pagar la hospitalidad forzosa que me daban aquellos señores, y hacerme agradable á ellos con mi conversación, porque la oscuridad no me permitía reducirlos de otro modo. Peor para los cómicos que estaban en escena... Pronto eché de ver que empezaba á producir algún efecto en el Barón de Virmeux; se complacía escuchándome y parecía asombrarse al oirme hablar tan bien. Deduje de esto que no me había equivocado al juzgarlo un poco salvaje y acostumbrado á frecuentar una sociedad que no era la mía, la cual apenas conocía él. No se figuraba que una Melinita pudiera tener ingenio y conversar cuando quería, poco más ó menos, como... los

Baroncitos. Sin duda había hasta entonces mezclado, confundido, metido en el mismo saco, como se suele decir, á todas las mujeres que comercian con su amor, desde las comerciantillas al por menor, á precios fijos y reducidos, hasta las negociantes al por mayor, las comerciantes notables. Ignoraba que, bien lanzadas, colocadas de cierto modo, alternamos con lo mejor de París y del extranjero. Los que nos hacen la corte, acaban de darnos lo que nos faltaba al principio de nuestra carrera. Convengo en que moralmente todas valemos lo mismo. Convengo también en que no valemos gran cosa. Pero aparte la moralidad, no hay semejanza alguna entre las que llegan, las altas, y las pequeñas, las que nunca han de llegar á ninguna parte. Todas somos compañeras, pero tenemos diferentes grados. ¿Cuestión de dinero? No, por cierto. Si sólo se tratase de eso, los hombres serían verdaderamente tontos dando á cambio de amor, á ésta un puñado de pesetas... y exagero... y á la otra, un hotel... El Barón sin duda no se había hecho jamás estas reflexiones. De ahí su asombro al encontrar ingenio y buenas maneras en la señorita Melinita...

...Habíaseme puesto entre ceja y ceja hacer

que aquellos dos señores me acompañaran á mi casa, y tratándose de ellos no era esto cosa fácil. Después de una ligera vacilación, se decidieron, sin embargo, á acompañarme... desde lejos hasta un carruaje, y á montar conmigo en él, después de haber vuelto á vacilar de nuevo y de haber mirado mucho en torno suyo. Todo esto me indicaba que el Barón era casado y estaba muy sujeto por su mujer; el Marqués, el cual sabía yo que era casado, no tenía motivo alguno para hacer tantos aspavientos. Este pequeño descubrimiento no me desagradó: gusto de los obstáculos, las resistencias, y codicio el bien ajeno...

...En el camino, desde el bulevar de los Italianos hasta el Arco de Triunfo, donde yo vivo, trabajé para convencerlos de que debían tomar una taza de té en mi casa. Deseaba mucho enseñar al Barón de Virmeux un hotel que es muy bonito, y sobre todo deseaba brillar en el cuadro de mi casa, que me hace resaltar mucho. Acabaron por aceptar. Observé también con verdadero placer que el Barón fué el primero que se convenció. Es verdad que, sentada yo en el fondo del carruaje, á su lado, insistía poniéndole la mano sobre las

suyas. También le apretaba la rodilla, ¡oh! muy poco, muy inocentemente, como por descuido...

...Llegamos. Un criado y mi doncella estaban esperando... ¡Oh! Mi casa está muy bien montada... Doy mis órdenes, y me pongo á hacer los honores de la casa, que había sido iluminada de repente con luz eléctrica. Observaba yo de reojo al Barón, y vi que, aun cuando hartó bien educado para mostrar admiración, se asombraba cada vez más. No, no se figuraba que una *cocotte*... sin duda es el nombre que allá en sus adentros me daba... pudiera vivir de aquel modo, sin lujo de mal gusto, sin demasiados dorados, entre muebles antiguos y de un sabor exquisito, mezclados con multitud de objetos de arte. Evidentemente me agigantaba yo ante él. Crecí todavía más cuando le hice pasar á mi comedor, severo, con muebles de roble, en el cual había preparada una cena de fiambres. Así comprendo yo el té después de medianoche...

...¿Cómo rehusar sentarse á mi lado? El Marqués, siempre recalcitrante, acaso pensó en ello. Pero el Barón, después de mirar discretamente la hora, para saber si podía aún disponer de algunos momentos, con pretexto

de que lo aguardaban en el Casino, se sentó al lado mío. Lo recompensé por ello con una amabilidad excesiva y de las más naturales. Me agradaba cada vez más, y acabé por encalabrarme, como suele decirse. Él también se entusiasmaba, lo cual era muy natural, porque cuando un hombre ordinariamente juicioso hace una locura, no la hace á medias. Los maridos, accidentalmente separados de sus mujeres, se emancipan más que los solteros. El que se divierte todos los días, ya no se divierte con nada.,

¡Ah! ¡Pedante! ¡Bribona! Cansada de tanto hablar seguido, estaba ebria, por decirlo así, y charlaba, charlaba sin cesar, como si no hubiese de concluir nunca. No me ocultaba ninguna de sus reflexiones, ninguna de sus chabacanerías. Nerviosa, agitada, charlaba de continuo, mientras yo sufría horriblemente al pensar que mi marido había podido prendarse tan pronto, en tan poco tiempo, de una mujer de su ralea.

—Después de cenar —continó con tono alegre— pasamos al salón. Allí desplegué todas mis gracias. Conozco todas las cancioncillas en boga, y no las canto mal: con voz afinada, de buen timbre y vibrante. Sobre todo, las de-

tallo con mucho arte. Sé acompañarlas de miradas expresivas y de ademanes elocuentes... Paulus me ha oído, y dice que haría mi fortuna en los cafés cantantes... Pero no tengo necesidad de eso, porque mi fortuna está hecha, gracias al Barón. En resumen, cuando aquellos señores se marcharon, á eso de las tres de la madrugada, estaban completamente entusiasmados conmigo, hasta el mismo Marqués; pero sobre todo, su amigo.

Sin embargo, al día siguiente esperé en vano al Barón, á quien yo había arrancado la promesa de que iría á verme.

Al otro día, la misma espera, con idéntico resultado.

Empezaba ya á impacientarme. Me había impresionado más de lo que yo creía. No era solamente su cabeza, hermosa en verdad, sino su distinción y su figura lo que me entusiasmaba. Era también el ingenio exquisito de que había dado muestras durante la cena, cuando yo le dejaba meter baza en la conversación. Cierta inocencia, cierta sencillez, me encantaban también en aquel hombre grandemente inteligente, al cual yo sola era capaz de tener por inocente y sencillo... y no volvía, se me escapaba, él, que era el único que podía

hacerme variar de opinión acerca de los hombres, y hacer que me arrepintiese de haberlos desdeñado hasta entonces.

Transcurrieron ocho días. Al fin me entregaron una carta muy abultada. Contenía diez billetes de á mil francos cada uno, y una esquela que no olvidaré jamás.

“El Barón de Virmeux ruega á la señorita Melinita que lo reciba hoy de cuatro á seis, y que acepte la cantidad que es adjunta, como indemnización por el tiempo que tenga á bien perder con él.”

## XXII

Por su emoción al relatarme el contenido de aquella carta, por la cólera que mostraba, cualquiera hubiese creído que acababa de recibirla y de leerla. Y lo más curioso es que quería que yo tomase parte en su disgusto y que me indignase como ella.

Acurrucada enfrente de mí, en pie, con el cuerpo encogido y echado hacia delante, con las manos apoyadas en el veladorcito que había entre ella y yo, Luisa Bauquet me decía con voz entrecortada y febril:

—Vamos á ver, señora, sed juez. ¿No era abominable esa esquela del Barón de Virmeux? ¿Tenía el derecho de insultarme así, de tratarme como á una mujerzuela, á mí, que acababa de recibirlo lo mejor posible en mi casa, honradamente, sí, honradamente? ¿No debía juzgar-

me por lo que yo había dicho y había hecho desde que nos conocimos? ¡Qué diría si le hubiese yo recibido en una de esas casitas donde á la primera ojeada que se dirige á los muebles, á sus accesorios, se sabe quién la habita y se clasifica á la que vive allí! Pero hábale abierto de par en par mi hotel. ¡Una morada de artista ó de mujer de mundo, y no de vengadora! ¿Fueron mis modales ó mi lenguaje los que delataron mi verdadera condición? No, ciertamente. Fui amable, demasiado amable, hasta coqueta; pero si todas las mujeres culpables del pecado de coquetear hubieran de ser tan mal juzgadas, tan mal clasificadas, ¡qué pocas se escaparían de esa clasificación!... Pues entonces, si las apariencias me abonaban, si nada en la conducta por mí seguida con él me acusaba, ¿por qué se permitió mandarme dinero? ¿Se lo había yo pedido?... ¡Y esa cita, esa cita de la cual precisaba de ese modo el objeto!... ¡Oh! No cabe equivocación: la cosa estaba clara... Señalaba su hora en plena tarde, antes de la comida... No parece sino que todas las horas son buenas para mí, de día ó de noche. "Me recibirás de cuatro á seis. Dos horas de tí me bastan. Debes estar dispuesta á amarme. Te pago ade-

lantado para que no tengas nada que reclamar, y te pago con regia largueza para ser bien servido, para que no se me haga esperar. Tengo prisa..." Pues bien, señor mío, yo no tengo ninguna. Vuestra majestad lo ha de ver. ¿No sabe esperar? Pues yo le enseñaré... y le deseo que no tenga que esperar siempre.

...¡Y era el primer hombre que me gustaba, á quien yo deseaba! Sí, imaginábame haber ganado un pleno á esa ruleta, á esa lotería del amor de que hablaba hace poco. Probablemente estaba equivocada, y no con más que medio pleno, ó con caballo ó lo que había acertado. Pero lo creí el primer premio porque siempre se mira al hombre amado con cristal de aumento, que lo agranda, le da más valor y puede transformar á un enano en un gigante, á un pigmeo en un Hércules. ¡Hércules! Sí, yo era capaz de tomarle por ese dios, el cual acaso me hubiese hecho olvidar las diosas á quienes he adorado hasta ahora. ¡Oh! Pero ya no variaré de culto, quemaré el mismo incienso delante de los mismos ídolos, puesto que el dios al cual quería adorar me insulta, antes de que me haya arrodillado á sus plantas. ¡Ah! ¡Qué gran favor me ha hecho tratándome así! ¡Qué nueva fuerza voy á ad-

quirir! Temí sucumbir á la tentación, abjurar, amar á un hombre y sufrir por él. Ya nada temeré cuando haya resistido las tentaciones de éste, que es el único que he encontrado seductor. Y las resistiré. Me conozco. Mi orgullo herido, un primer amor insultado, no perdonarán jamás, por grandes y vehementes que sean mis deseos. Él será el que no pueda resistirme: no se resiste á la melinita. Hará su obra lentamente. ¡Y mis intereses, que había estado á punto de olvidar! ¡Cuánto van á ganar con esta resolución mía! ¡Qué buen negocio! ¡Ah! ¡No soy más que una cortesana! Pues bien, en estos tiempos las cortesanas piensan en su porvenir, se preparan para la vejez, ó sin remontarse tanto, reúnen rentas para vivir lo más pronto posible á su gusto, sin el concurso de los hombres. Si me hubiera enamorado de tí, Barón, como ha estado á punto de suceder, no hubiese visto más que tus diez mil francos, porque te hubieras marchado diciendo: "He querido conocer á esas criaturas. Ya las conozco, y me basta. No volveré más..." Pues bien, sí, volverás, amiguito... y muchas veces... y amenudo... y contigo está asegurada mi fortuna... ¡Oh! Te he vencido. Un hombre que, después de haber

resistido ocho días á un capricho, da diez mil francos por satisfacerlo, llegará á dar cien mil más, si no satisfizo ese capricho, si lo aguijoneó, si lo transformó en pasión.

Y persuadida de que no me equivocaba, sin vacilar siquiera, escribí estas palabras:

"La señorita Melinita está á las órdenes del Barón de Virmeux, hoy á la hora indicada. Pero él no conoce la divisa: "Nada ó mucho." Puede escoger el Barón."

Metí esta esquila en un sobre, encerré en él los diez mil francos, y ordené á mi doncella que se lo entregara al Barón cuando fuese á las cuatro. Luego esperé... ¡oh!... á pie firme... segura de la victoria. Con él no corría yo ningún riesgo. Al recibir mi carta, un verdadero parisiense hubiera guardado los diez mil francos en la cartera, hubiese entrado en mi casa para pasar dos horas en ella, y por la noche me habría mandado un ramo de flores con estas palabras: "¡He escogido, gracias!," Pero el Barón es un parisiense de un París menos ingenioso, más serio, más formal, más altivo. No admitirá que una mujer como yo le haga una limosna: los diez mil francos se aumentarán.

Á las cuatro y cuarto mi doncella entró á

decirme: "El Sr. Barón acaba de marcharse, señorita.—¿Le has dado mi carta?—Sí, y la ha leído inmediatamente.—¿No ha dado respuesta?—Sí; ruega á la señorita que tenga la bondad de esperarlo. Volverá dentro de un momento."

Triunfaba yo: decidido á satisfacer su capricho á todo trance, resuelto á terminar conmigo, y no llevando en el bolsillo una gran suma, se había ido á buscarla.

En efecto, veinte minutos después se presentó de nuevo. Introdujéronle en mi tocador, donde yo le esperaba en un traje adecuado á las circunstancias. Acercóseme con cierta cortedad... ¡Oh! En aquel momento estaba yo severa. No lo veía como lo había visto antes... Luego, dejando un rollo de papeles sobre la chimenea: "Ahí tenéis, me dijo, cincuenta mil francos en títulos al portador, que fácilmente se cambian por billetes de Banco. No tenía bastante dinero en casa, y temía haceros esperar.—Muy bien, Barón, contesté sonriendo," mientras con la mirada le indicaba un sitio á mi lado.

Melinita se detuvo, dirigióse hacia uno de los balcones que daban el jardín y que estaban abiertos de par en par, respiró durante uno

ó dos minutos... lo necesitaba mucho... y volviendo cerca de mí, que permanecía inmóvil y silenciosa, me dijo:

—No pretendo, señora, mostraros todas las fases de mis relaciones con el Barón de Virmeux. Sería eso demasiado largo, y tal vez haría demasiado delicado para que yo lo relatase con todos sus pormenores. Creo además haberos indicado ya el plan que pensaba seguir: acariciar, halagar la manía del Barón, sin ceder á sus exigencias, transformar esa manía en idea fija, llevar poco á poco al enfermo á perder la cabeza por mí, conservando yo la mía. En una palabra, aguijonear su capricho, exasperarlo sin satisfacerlo. Pero siempre al abandonarlo á la mitad del camino, á la vista del puerto, conservarle la esperanza de hacer pronto la otra mitad del viaje y de llegar al término por él deseado.

Á primera vista esto parece difícil, casi imposible; cualquiera se pregunta cómo un hombre tal como el que yo he descrito, alto, fornido, no da cuenta enseguida de una débil mujer como yo. Basta para comprender esta rareza haber estudiado un poco el sistema nervioso de esos caballeros. Los obstáculos, las resistencias, las prolongadas esperas tienen la pro-

piEDAD de enervarlos, de debilitarlos. Su deseo de triunfar es cada vez más ardiente, pero los medios de ejecución les faltan. Á regañadientes se dicen "mañana,," y al otro día sucede lo mismo, ó peor, porque recordando su derrota de la víspera, temen el mismo resultado, la imaginación se mezcla en el asunto, y se enervan más. Se parecen á un ejército que se ve derrotado con frecuencia. Arde en deseos de tomar el desquite, pero como ha perdido la fuerza moral, cada nueva batalla se convierte en un nuevo desastre.

Observad, señora, que á nadie pueden culpar más que á sí mismos. No es culpa de la mujer, ó por lo menos no parece que lo sea. Lejos de mostrarles frialdad, mala voluntad... lo cual sería una torpeza, porque se explicarían enseguida sus derrotas y no se expondrían más á ellas, diciéndose: "Me han fastidiado,," y no volviendo más... la mujer debe, por el contrario, mostrarse amable, expansiva. Debe hacer como si se complaciese mucho en los preliminares, en las escaramuzas, y como si quisiera prolongar la situación por su propia conveniencia. La exposición de la obra, su prólogo, sus primeros actos parecen sumirla en tal deleite, que expofeso retrasa el último acto, el

desenlace. Sino que lo retrasan tanto, tanto, que el actor, el protagonista, lleno de cansancio, agotado, renuncia al desenlace, y el telón cae y las luces se apagan antes del final de la obra. La mujer hábil va más allá todavía, prolonga la comedia; ella es la que se queja. Primero el asombro: "¡Cómo! ¡Vos! ¡Y yo que creía!..." Luego desilusión. Enseguida la cólera: "¡Qué afrenta! ¡qué afrenta! ¡Es la primera que se me hace!," Luego los celos: "¡Ah, no me amáis! ¡Si me amaseis no me vería humillada así! Debéis tener otra amante. Cuando venís á verme salís de su casa. Bien se ve,," Finalmente el dolor, las lamentaciones: "¡Qué suplicio! ¡Quiere una ser vuestra, y no lo consigue! Palabras dulces, besos, caricias que enloquecen, y luego nada, nada, se acabó... ¡Ah, no sois un hombre!,"

Esta última queja, este grito de dolor de un corazón insaciable produce grandísimo efecto. Cuando se han dado amenudo pruebas de valor, enfurécese cualquiera al oír decir que no se es un hombre. Los que en efecto no lo son, aprovechan la oportunidad para no serlo; una dolencia como otra cualquiera. El cojo de nacimiento, ó por consecuencia de una desgracia, acaba por consolarse. Pero si decís á

un hombre que cojea, sin saber por qué, á causa de estar muy cansado, ó porque le aprietan las botas: "Sois cojo," se subleva contra esa injusticia, y jura hacer hasta lo imposible para andar como todo el mundo.

El Barón ha hecho hasta lo imposible sin resultado alguno, y para calmar mi descontento, para hacer menos vivo mi dolor, y también, según la desdichada frase de su primera carta, para indemnizarme el tiempo perdido... ¡oh! ¡y tan perdido!... me llevaba á cada instante fajos de papeles, nuevas acciones, obligaciones, títulos al portador. Yo le había recomendado graciosamente de una vez para siempre que no se tomara el trabajo de venderlos, de hacerlos dinero... "Los billetes de Banco, decía yo, se gastan con facilidad. Prefiero esos valores, que conservaré como recuerdo vuestro." Es preciso con los hombres hacerse un poco la sentimental y mezclar las cosas de interés con las del corazón. Siempre se dejan engañar, y de esa manera se les tiene más seguros.

No creo, sin embargo, que el Barón me quisiera mucho. Pude comprender, sin que jamás me dijese una palabra acerca de esto, que allí, en el fondo de su corazón, existía un afecto

profundo, un amor verdadero. Entonces, ¿por qué buscarme tanto? ¿Por qué empeñarse en mi conquista con verdadero encarnizamiento? ¿Quién lo sabe? La curiosidad de un hombre que no tiene gran experiencia de la vida, de un inocente grande, como yo creo que él lo era, tiene mucha importancia, más importancia cuanto más inteligente es. Según él, debía yo estar hecha de otro barro, de otra carne diferente á la de las mujeres de su clase, á la de su mujer, sin duda alguna. Creía, tal vez, que las sacerdotisas del amor tenían ciertas prácticas que era bueno conocer, y que encontraría en mí lo que no hallaba en su casa. Un raptó de terquedad, una ráfaga de locura también, de esas que padecen alguna vez en la vida los hombres más juiciosos del mundo. Desapareció la locura, y entonces vino aquel capricho á complicarse con el amor propio; siguió la cólera con un invencible afán de salir victorioso, de mostrarse tal cual era, de no consentir que una cortesana como yo se diese aires de mujer ofendida con un hombre como él. Tal vez también... ¿por qué no?... el deseo de aprovechar su dinero, no por el dinero mismo... era demasiado gran señor para eso... sino el despecho de haberlo gastado

inútilmente... Y esa calentura del jugador que, por cobrar lo que ha perdido, juega y arriesga y pierde un millón, para volver á ganar diez mil francos.

Eso, y nada más que eso, le sucedió. No, jamás me ha amado. Sólo ha tenido curiosidad, deseo de poseerme. Luego sintió terquedad, pero una terquedad llevada hasta los últimos límites. Si yo le hubiera dicho: "Me poseerás, me poseerás al fin," hubiera consentido en todo, hubiera yo hecho de él lo que me hubiera venido en antojo... ¡Ah! No necesitaba ni siquiera prometerle nada. El temor de que se le cerrase mi puerta antes de que él consiguiera su propósito, el temor de verse obligado á marcharse humillado, y hambriento todavía, lo hacía humilde, lo sometía. Yo, la antigua doncella de labor, me hacía servir por aquel señor encopetado, á quien había creído un Rey, y el cual era tal vez un Príncipe. Yo me burlaba de aquel hombre de talento, de aquel hombre verdaderamente superior. ¡Creo que un día hasta me atreví á insultarlo, á pegarle! Al día siguiente volvió, llevándome lo que me faltaba para un millón, cien mil francos en varios valores. "Se acabó, me dijo; ni puedo, ni debo ir más allá." Luego vino su

última batalla, y como de costumbre, quedé derrotado. Después se marchó, y no he vuelto á verlo.

Varias veces, desde entonces, me he preguntado si se mataría. Nada tiene eso de imposible, porque no sería el primero que se hubiera suicidado por mí. Por algo me llaman Melinita. Pero hace poco vi al marqués de B... "¿Qué se ha hecho el Barón de Virmeux? le pregunté.—Ya no vive en París. Ha vuelto á su país.—¿Lejos?—¡Oh! ¡Muy lejos!," y me volvió la espalda. Me odia, sin duda, por haberle comido un millón á su amigo, por haberlo arruinado tal vez... Hé ahí, señora, el relato de mis relaciones con el Barón de Virmeux. Hecha mi fortuna, vivo desde entonces como quiero, sin más regla que mis gustos."

Estas palabras llegaron á mis oídos en el momento en que salía bruscamente del salón, para huir de aquella miserable, que no podía decirme nada que yo no supiera.